

222

LA CIABOGA

FRANÇOIS LÉON

JUNIO 08

QUAL Q̃UELLE

LA CIABOGA

En tantas ocasiones intentó reconocerse en algo que terminó por no ajustarse a nada. Primero fueron las matemáticas. A pesar de que antes de cumplir los once años ya se había interesado por algunas novelas (que su abuela leía y que él leía en los momentos en que ella las dejaba), como *El retrato de Dorian Grey* o *El espía que surgió del frío*, novelas que su abuela solía forrar con papel de revistas, un papel ciertamente más resistente a los trajines; o libros de periodismo detectivesco que en Chile se prohibieron durante los primeros años posteriores a Pinochet, como el libertino *Impunidad diplomática*. Y aun cuando continuó leyendo las novelas de su abuela hasta ya entrada la adolescencia, optó por las matemáticas en el plan escolar de electivos de especialización.

222

La elección la hizo como tantas que iba hacer en el futuro: sin sentido del pragmatismo, como quien lanza unos dados a la mesa con la única seguridad de que salieron de su mano.

No había terminado siquiera el primer día de cursos cuando comprendió que dentro de todas las opciones posibles había elegido el desastre. Los contenidos, de hecho, eran muy adelantados respecto a sus conocimientos y resultaba muy notorio que los demás estudiantes sí que estaban a la altura del desafío. Fue cuando una compañera de clase le preguntó si concordaban sus resultados –de un ejercicio que él siquiera había comenzado a intentar resolver– que comprendió el espesor de su error. Sin embargo,

nada hizo para cambiar su suerte: ni esforzarse por comprender, ni buscar trasladarse a otra especialidad. Simplemente se dejó llevar por su naturaleza y continuó hacia la debacle. Al fin, el peso de la hecatombe matemática terminó siendo tal que tuvo que marcharse, por las buenas, de una escuela que no dejaba pasar esas licencias.

Después de las matemáticas fue la cocina. Aunque sería justo decir que antes de las matemáticas fue el fútbol. Y como sería siempre, sus únicas alegrías en la cancha se las proporcionó la desmesura: de no ser por su menguada estatura, tenía condiciones para ser un buen guardameta (exudaba la extravagancia y el atrevimiento exigidos para el puesto, y tenía un sentido innato de la justeza). La cocina sería otra de tantas aventuras equivocadas. Con más bajos que altos, había conseguido terminar la escuela, aunque lo había hecho en jornada nocturna: para el régimen diurno era sencillamente un desadaptado. Pero su pericia culinaria —de la que podía hacer gala si se lo proponía— era más bien un espejismo. Lo que lo hacía creer que tenía aptitudes para la cocina era lo mismo que le permitió disfrutar de una que otra tarde feliz en su infancia como cadete del club deportivo del barrio: su incuestionable talento para ubicar las cosas con justeza, aunque jamás siguiendo un plan, sino por una especie de canon estético personal. Esto sería otra vez fatal desde sus primeros días en la escuela de gastronomía. Su habilidad para combinar matices de sabor y detectar puntos precisos de cocción no eran lógicos ni sistemáticos, una creatividad monstruosa a los ojos de los avezados chefs. Se vio en la encrucijada de tener que abandonar. Y abandonó.

Pero fue así como, entre una trashumancia anodina y trabajos miserables, retomó el camino que en su infancia y parte de su adolescencia (es decir hasta antes de las matemáticas) había empezado a recorrer: la literatura. Solo que ya no como el lector de novelas de velador que en una época fue, sino derechamente como poeta.

Se interesó por la poesía cuando conoció a Mavrik. Le conoció durante una borrachera, en Las Cruces, una playa costera que era parte de la mitología literaria desde que Nicanor Parra había establecido allí su residencia permanente. Mavrik ya asistía a un taller de poesía en la Sociedad de Escritores y François, que hasta entonces lo único que había escrito eran unas malas imitaciones de Kafka, pero que era transparente y arriesgado, convenció a Mavrik para que lo integrase a ese grupo de poetas.

Los poemas que empezó a escribir François eran pésimos. Y sin embargo algunos destellos de talento se dejaban entrever, muy a lo lejos, pero se dejaban entrever. Un talento que de cualquier modo no llegaba a despuntar, antes por ignorancia que por falta de agresividad.

Como fuera, lo que marcó más fuertemente a François en ese momento no tenía que ver necesariamente con un mejor dominio de sus recursos, sino más bien con lo que los grandes escritores llaman a veces *la experiencia de la literatura*, que, siendo chileno, de la capital y perteneciente a una clase media amorfa heredada de la dictadura, era la experiencia de la borrachera (productiva, ya que era una borrachera poetizante) y de la incertidumbre radical. Salvo los que se dedicaban a la pintura decorativa, lo que había en el círculo de Mavrik eran híbridos: fontaneros versados en el idealismo alemán, vendedores de seguros fanáticos de Plutarco o Séneca, secretarías joyceanas que todavía escribían a máquina —o al menos en sus casas— a pesar de la informatización creciente. Entre estos, François era apenas un epifenómeno y podía por fin aplicar su minucioso sentido de la justeza sin toparse con las resistencias que como “matemático” y como “chef” lo llevaron al descalabro, y que de cualquier modo lo habían conducido o reconducido hasta la literatura. En efecto, comenzó a leer muchísima poesía, lo que no había leído desde los días de *El espía que surgió del frío* precisamente. Poco a poco su escritura empezó a volverse más lúcida, pero la poesía empezó a interesarle menos.

No es que no la amara —porque algo así debe amarse para llegar a comprenderse a cabalidad— sino que más bien no le veía demasiado porvenir a sus propias inquietudes de estilo en los márgenes de ese registro pura y simplemente. Habían pasado algunos años desde la invitación generosa de Mavrik aquella vez en Las Cruces, tanto así que éste mismo estaba más preocupado del rugby que de la literatura y mucha gente de aquél grupo empezaba poco a poco a borrar su huella. De modo que, sin planificarlo demasiado, tal vez en la sobrepuja social de la incertidumbre, François comenzó una carrera de filósofo.

Tuvo la fortuna de ingresar a una universidad que al igual que él venía hace tiempo en retirada de lo mismo que había gatillado su desgracia matemático-culinaria personal (una constricción, por decirlo de algún modo, educacional *chilena*). Era una universidad

vinculada al Partido Comunista, aunque a François poco le importaba, su elección pasaba más por una cuestión económica y era a lo que podía optar dados sus antecedentes escolares malsanos.

En aquella universidad a François las cosas le empezaron a ir bien, las responsabilidades académicas de la filosofía las cumplía a cabalidad, que eran básicamente especular infinitamente y generar una literatura en torno a esas mismas especulaciones. Se dio cuenta muy rápido que ser un escritor de oficio (lo que se llama un literato) no era lo que podría hacer mejor, sino que lo suyo sería pasar por la escritura –practicarla– sin ponerse más límites que el de la apuesta coherente (lo cual podía resultar de una amplitud y un retorcimiento argumentativo extremos). Si eso era filosofía o literatura, o algo a medio camino entre lo uno y lo otro, sería efecto únicamente de lo que se diera por asunto (una cierta incertidumbre que le parecía seductora, pero sobre todo esperanzadora).

Poco después de terminar la carrera de Filosofía, François comenzó a pulular por las universidades más tradicionales de la capital chilena. Venía con más confianza en sus recursos y desde que dejó oficialmente la poesía habían ya transcurrido cinco años. En la filosofía se había hecho de algunos amigos. Los amigos filósofos de François eran casi todos más o menos que poetas, o al menos era como si lo fuesen: gentes de un temple excéntrico, apasionados por las cosas inútiles y sobre todo por la lectura y la escritura. Más aún, de ahí provenían los únicos amigos y amigas que tenía, cualquier otro, del pasado, aparecía como demasiado anacrónico a ese estado de ánimo y cuando François debía por compromisos nostálgicos frecuentarles se aburría soberanamente.

Con Bertetti –que no era precisamente amigo de François, aunque de hecho incursionaba en la filosofía tanto como en la poesía– idearon un seminario de un semestre en torno a Walter Benjamin. En aquellos años François estaba muy interesado en interpelar a ciertos intelectuales chilenos de izquierdas, los que, entre otras cosas, venían en retirada del marxismo militante y habían encontrado en Benjamin el caballito de batalla. A ojos de François, Benjamin se había adherido a una forma muy limitada de pensamiento, algo no solo nefasto a su juicio, sino que contrario a cualquier pretensión de intervención (algo a lo que, en cualquier caso, producto de su deformación profesional, podía

modestamente aspirar un filósofo como François). Poco quedaba del matemático haragán que se dejaba golpear por el azar con absurdo estoicismo. François quería –o creía querer, un poco ingenuamente– ser más benjaminiano que los benjaminianos, y se tomaba muy en serio esa consigna del filósofo alemán de que ni los muertos están tranquilos cuando vence el enemigo.

Con Juan Carlos Campos, que era militante comunista, montaron al año siguiente un seminario en torno a Louis Althusser. François no era comunista, ni siquiera “socialista”. De derechas no podía ser, el curso que había seguido su vida lo hacía impensable. Althusser, filósofo marxista marcado por el brete del homicidio, resultaba ser un autor algo enterrado con posterioridad al golpe militar. Representaba para él –otros probablemente eran los horizontes de JCC– un signo de una escena clausurada, hasta cierto punto asfixiante.

Estos *seminarios* se realizaban como iniciativas de alumnos de tal o cual universidad y de lejos parecían más bien las fantasmagorías de la propia institución: no estaban dentro de ningún plan de recursos ni nada semejante y los beneficios a nivel profesional que se podían esperar de todo aquello eran completamente inciertos.

En aquél momento François ni siquiera impartía clases de manera formal, ni en la enseñanza escolar ni en la universitaria. Se financiaba vendiendo marihuana a amigos y a algunos conocidos. Vendía sumas cuantiosas y era generoso para la medida del mercado (o al menos lo fue durante un tiempo considerable). Esto le permitía mantener un número importante de compradores “seguros” que le contactaban antes de que él tuviese necesidad de hacerlo y lograba cubrir sus necesidades materiales y recreativas básicas.

Para salir de esa situación que él mismo asumía hasta cierto punto como precaria (un filósofo con título universitario que trabajaba en filosofía, pero vivía de la marihuana), François se decidió a buscar fuentes de ingresos más estables –y en cualquier caso no ilegales– que le permitiesen seguir desarrollando un trabajo filosófico que para él mismo empezaba a adquirir aires titánicos. Se embarcaba de tanto en tanto en proyectos escriturales desmesurados (como por ejemplo un estudio sobre el rol del gobierno de Pinochet en la proliferación de restaurantes chinos y sus efectos en la sociedad chilena),

algunos de los cuales años después incluso publicaría, pero que realmente interesarían a casi nadie.

Orientado por un aviso en el periódico (lo suficientemente abstracto como para presentarse sin saber precisamente a qué), consiguió una plaza como mascota publicitaria en la Mutual de Seguridad. Debía calzarse un pesado y sofocante traje en caucho y poliuretano, recorriendo comedores de empresas y de hospitales, exigido por una gimnasia espiritual para la cual, salvo el oído y un horizonte de visión extremadamente estrecho, le eran sustraídos todos sus ejes fisiológicos de orientación. La paga era miserable y más allá de que François haya logrado preguntarse con un denuedo inaudito si acaso el tener que encarnar no a un ser vivo sino a un animal artificial –volverse una especie de Tamagotchi– era lo que quería decir Spinoza cuando afirmaba que no sabemos lo que un cuerpo puede, se esfumó casi que despavorido. Aunque, con todo, la suerte estuvo de su lado en esos estados generales de la desproporción, *en amont et en aval*, en que se encontraba. Fue contactado por un profesor de ascendencia palestina (un neotomista encubierto) para trabajar en un proyecto sobre el estatuto de los ángeles en la filosofía árabe, un tema que a François le era absolutamente ajeno, pero como su labor se remitía a recopilar datos, lo mismo le daba si se trataba de ángeles o de brujas. Este trabajo le reportó sus primeros salarios como filósofo. No era demasiado, pero podía dejar el tráfico *soft* y desechar cualquier otra ocupación quizá incluso más estrambótica. Por otra parte, los beneficios intelectuales no fueron pocos –aunque contribuían a amplificar todavía más exorbitantemente sus proyectos– y tuvo oportunidad de leer con detención y devoción a algunos autores que desconocía absolutamente, como Ibn Arabi o Sohrawardi (que en efecto hablaban sobre ángeles e incluso más de lo que se podía esperar, tomando en cuenta la inutilidad de las funciones ministeriales en ese contexto).

Como contaba con algo de dinero, se embarcó en el proyecto de realizar un posgrado en filosofía (dos años, a estas alturas ya avizoraba que esto fuese una palanca para tal vez embarcarse en el futuro en una tesis doctoral, que al paso que iba era difícil imaginar como algo sobrio). Esta vez quería calcular mejor su movimiento, había transcurrido ya bastante tiempo desde las últimas ocasiones en que siguió ese impulso de apostar entregándose a la efímera emoción de la ceguera. No obstante, hizo lo peor que

podría haber hecho: dejarse llevar ya no por lo invisible sino por lo groseramente visible. Decidió inscribirse en una universidad a todas luces orientada al mercado, pero con un instituto de filosofía atractivo en el papel. Convenios con universidades extranjeras, becas de viaje, beneficios en dinero por publicación, profesores invitados del equivalente a Rod Stewart, daban de hecho como para inclinarse hacia el optimismo. Era cuestión de ingresar a la web de este instituto para que el visitante inadvertido se viese frente a una panacea. Y François mordió el anzuelo publicitario.

No tenía mucho más donde elegir (es muy probable que, hiciese lo que hiciese, terminara arrepintiéndose). No quería ser capturado por los nuevos intelectuales de izquierda ni menos trabajar para los conservadores asumidos, e ingresar en esa máquina afásica, de un neoliberalismo manifiesto, podía tal vez resultar sensato como plataforma.

No lo pasó bien François en ese lugar, aunque pudo hacer algo de dinero. Antes que filosóficos, los réditos intelectuales que obtuvo fueron más bien socio-antropológicos: pudo observar en su mayor crudeza lo que él mismo designaba como la desolación de la filosofía, que a fin de cuentas era una desolación más bien latinoamericana o un efecto de algo estrechamente relacionado con América Latina (y en no menor medida con los Estados Unidos).

El lugar donde fue a caer François era un verdadero pudridero de lo intelectualmente ominoso (o del ejercicio de la reflexión como práctica ominosa, solía él decir). Se encontraba allí desde el comunista más cobarde hasta el snob más emético o la arráez más autoritaria. Entre todos destacaba –en el más lamentable sentido de la palabra– Daddy-long-legs, uno de los discípulos adelantados de César Ostertag, principal cabeza de serie de lo que François llamaba a veces *la izquierda de los benjaminianos*. Que Daddy-long-legs haya sido uno de los beneméritos de Ostertag podía parecer algo contradictorio en un primer momento: la izquierda derrotada que encabezaba Ostertag, con todo, no podría resultar compatible, por ejemplo, con la admiración que Daddy-long-legs profesaba por algunos ideólogos de la dictadura militar.

Daddy-long-legs era hijo de un oficial de carabineros, lo que implicaba haberse criado bajo el signo jerárquico de los escalafones militares. Antes que moral, ser un hijo

de oficial en aquél momento en Chile resultaba ser más bien un privilegio cultural. Daddy-long-legs, ya convertido en filósofo, recordaba con la nostalgia abismal de un filósofo (precisamente) las tardes junto a sus padres en el casino de oficiales o los veranos en el refugio Las Melosas. Lugares donde los altos mandos no podían más que regocijarse de las bondades que les proveía el régimen militar, retozando en las bagatelas del poder, que eran por supuesto las suyas y las de sus familias. Daddy-long-legs, en la ingenuidad de su infancia y adolescencia, había sido, en consecuencia, un consentido de la dictadura, e incluso su humor bizarro (y en ocasiones chocante) no provenía sino de la camaradería policial.

Pero Daddy-long-legs no esperaba seguir los pasos de su padre: si soñaba con ser algo, más bien era con ser cura. Que las vicisitudes de la voluptuosidad juvenil lo hayan sacado de esa convicción preservando un interés por la lectura, era consecuente con una síntesis lograda entre ambas inquietudes. De modo que se las apañó para que su padre movilizara algunas influencias que lo liberasen sin mayores expedientes del servicio militar obligatorio e ingresó a estudiar Literatura a la Pontificia Universidad Católica de Santiago, donde, entre otras cosas, conocerá a César Ostertag.

La historia sobre cómo Ostertag se convirtió en Ostertag es tal vez más difícil de desentrañar que la de Daddy-long-legs. Para decirlo en dos palabras, el filósofo Ostertag fue, al igual que Daddy-long-legs –aunque con una incidencia intelectual mucho más profunda– un efecto de la dictadura militar. Es lo que creía François: la dictadura chilena no había producido una filosofía de derecha propiamente tal, sino un pensamiento en torno al arte. El hecho de que Ostertag haya comenzado su carrera de filósofo –en 1979– con una memoria sobre Marcel Duchamp, no le parecía una elección azarosa. Quien quisiera permanecer entre los muros de la universidad –como quería fervientemente Ostertag– pudiendo mantener algún grado de distancia respecto de las políticas de la derecha, aunque sin pasar a la militancia, tenía en el arte el campo de reflexión tal vez más propicio para ser explotado. Es lo que en efecto hizo Ostertag, hasta el punto del agotamiento. Con buenos momentos, ciertos escritos de Ostertag de los años 80 (los buenos escritos de Ostertag, aquellos donde incluso ponía de manifiesto su adicción a la

cocaína), muy compenetrado con las apuestas de las artes visuales de ese período, aun cuando su mejor libro será sobre un poeta: Paul Celan.

De manera tal que los monaguillos de la iglesia benjaminiana que quería en su momento desenmascarar François, eran una deyección muy tardía de Ostertag (del Ostertag convertido en un androide explotador con derecho a pluma, a quien, entre otras cosas, con una familiaridad inquebrantable, sus discípulos y esbirros solían llamar sólo por su nombre de pila). En cualquier caso, la insurrección estética de Ostertag resultaba al menos ambigua: siempre fue un ferviente seguidor de Kant (cuya estética, bien que amplia, difícilmente podría tildarse de insurrecta) y un formador casi legendario y hasta finisecular de kantianos conservadores, entre ellos Daddy-long-legs.

Cuando François comenzó a tratar con Daddy-long-legs, éste venía de asumir la dirección del instituto al cual no sin cierta celada publicitaria había ingresado. François quiso entrevistarse con él, llevando entre manos otro de sus ingentes proyectos. Sabía poco y nada de Daddy-long-legs, cuando mucho que había publicado dos libros en Francia en la prestigiosa editorial Galileo y que había estudiado con un filósofo francés importante (muy probablemente lo segundo antes que lo primero). Lo que pretendía François era nada menos que realizar un concurso de ensayo “internacional”, con la venia de Daddy-long-legs, en torno al tema de *la muerte de la filosofía*.

François sabía que este podía ser un tema algo trillado (en Francia, por ejemplo – eso lo sabía bien François– era algo que se discutía en los años 50 y 60). Sin embargo, consideraba que era buena idea comenzar con algo en cierto grado pueril, eventualmente como el punto de partida para su propio centro de operaciones, un testafarro, que imaginaba podría funcionar en las barbas de Daddy. La idea de François era servirse de los recursos publicitarios de los que disponía Daddy, lograr obtener el financiamiento de un premio en dinero e, idealmente, conseguir recursos para la publicación del ganador y los finalistas en un Libro, coronando con una jornada de premiación y presentación de la obra en algún salón bien provisto –de los que esa universidad no carecía– que Daddy tendría que encabezar. Incluso, en su fuero de expectativas interno, François imaginaba a Daddy y a Ostertag encabezando esa premiación, de algún modo incluyendo a Ostertag en la escena de *la muerte de la filosofía*.

No era difícil que Daddy se turbase y en general no era recatado con sus emociones. François lo detectó apenas encauzar, para romper el hielo, un comentario sobre la discusión de Marx sobre el fin de la filosofía como su devenir real (empezó por utilizar la palabra fin en vez de muerte), intentando abrirse traza con alusiones a lo que Merleau-Ponty decía sobre el fin de la filosofía. Le habló de Blanchot, de si acaso para referirse a esto –que en el fondo era el problema de la muerte de la filosofía explicitó por fin– no cabría más bien hablar de límite que de muerte. La historia del fin de la filosofía no ha terminado, agregaba François. Su muerte no ha tocado a su fin, proseguía ante un cada vez más perplejo Daddy, que de hecho le interrumpió bruscamente ofreciéndole un café. Una especie de cortés descortesía muy propia de su talante. François dijo que el café no le sentaba bien pero que aceptaba un té. Daddy procedió. Le soltó algo en tono socarrón, sobre leer a los filósofos franceses, que François creyó entender como impostando el reproche de un filósofo anglosajón ante las opacidades asumidas del discurso francoparlante. Continuaba festinando cuando entraron con una taza de café y una de té, junto con los demás accesorios. A François le pareció estar tratando con un animal muy tosco, recordó una escena del *Diario de un cura de campo*, aquella donde el cura –que ya estaba en la miseria espiritual– va al encuentro del terrateniente y éste le dice que la gente del pueblo no tiene buen carácter, que es conveniente esperar que ellos tomen la iniciativa. No tenía cómo saber François que las chulerías de Daddy no eran las de un terrateniente precisamente: eran las del oficial chileno en día de asueto, por las cuales Daddy estaba marcado sin remedio. Cuando François le planteó la idea del concurso de ensayo en torno a la muerte de la filosofía, Daddy sencillamente se echó a reír. Tuvo que esforzarse para no perder la buena forma. François, hace muchos años, cuando estaba dedicado a la literatura, había contemplado junto a un poeta rancagüino apellidado Cifuentes, la idea de recorrer el país de extremo a extremo y fungir ambos de editores de una antología que tendría por título: «Los 33 poetas marginales de Chile» (dicho sea de paso, era un misterio por qué habían escogido el número 33, incluso se trataba de una idea con mucho anterior a la bullada tragedia de los 33 mineros chilenos, enterrados durante 70 días y posteriormente rescatados). Estando frente a Daddy y ante su reacción estrepitosa, François rió a su vez, no con menos estrépito, pero porque le parecía que en lugar de haberle propuesto a Daddy realizar el concurso de ensayo en torno a la muerte

de la filosofía, le hubiese propuesto publicar la antología de los 33 poetas marginales de Chile.

François, una vez más, daba muestras de estar hecho de la madera de la desmesura y su esperanza de llevar a cabo el certamen ensayístico resultaba en sí misma ciertamente exorbitante. Todo ocurría como si François volviese –otra vez– a la piel del guardameta que pudo ser, exigiendo de manera improbable su elasticidad para alcanzar un ángulo imposible. A Daddy no se le escapó el desbarajuste ínsito al temple anímico de François, y en su posición juzgó como lo más conveniente el dilatarlo lo más posible (un rechazo tajante, de hecho, podría generar ruido, y a Daddy lo menos que le gustaba era el alboroto). Dejó abierta una posibilidad en caso –dijo– de que lo organizase mejor, que lo llevase al papel y entonces ya hablarían. Daddy creía sencillamente que una idea como esa no podía prosperar y que la frustración de la tentativa llegaría de una manera o de otra. Incluso podría darse una salida de lo más limpia, ya que, si François era receptivo con su propio fracaso, al contrario que culparlo del mismo, se sentiría en deuda con él.

Durante los días siguientes, François no sólo redactó un proyecto, incluyendo un resumen del problema de la muerte de la filosofía partiendo desde los estoicos y argumentando sobre su pertinencia para el presente, proponiendo modalidades de envío y extensión de los ensayos, fechas tentativas y un presupuesto en planilla Excel con lugares sugeridos para realizar una ceremonia de premiación, sino que además contactó a un posible jurado, o al menos a los primeros nombres de camino a lo que habría de constituirse como tal.

Al jurado François le escribió de parte de Daddy. Tres eran los miembros de este grupo en formación a los que había contactado, entre ellos César Ostertag.

Los dos que no eran Ostertag estuvieron de acuerdo incondicionalmente. Ostertag desconfiaba, pedía tiempo para comunicarse con Daddy y argumentaba estar con la agenda desbordada. François dejó el proyecto a Daddy por intermedio de su secretaria, en sobre cerrado. Cuando lo recibió ya le había escrito Ostertag, asegurándole que podría officiar de jurado para el «Ier Concurso de Ensayo sobre la Filosofía y la Muerte. Tema: La

muerte de la Filosofía», siempre y cuando se conformara una comisión de preselección, de manera que él evaluase cinco o seis ensayos destacables para dirimir un ganador.

Este mensaje perturbó extremadamente a Daddy. Había visto una ferocidad animal congénita en François —que en cualquier caso le pareció totalmente carente de sistematicidad—, pero no imaginó ni que se movería tan rápido, ni tan eficazmente. Ni menos que lo haría aparecer a él mismo como garante ante gente como Ostertag. Comprendiendo entonces que se estaba enfrentando a una situación más compleja de la que soportaba su ligereza habitual, Daddy leyó el proyecto de François entre irritado y fastidiado. Importaba poco la impecable argumentación de François en torno a la pertinencia de reconsiderar el problema de la muerte de la filosofía: todo lo que rodeaba al proyecto de François a Daddy le parecía intragable. Su rol de adalid del concurso de ensayo a los ojos de Ostertag ya lo juzgaba como un exceso. Pero como no quería que François creara un Frankenstein a sus espaldas, Daddy optó por responder a Ostertag que el asunto del concurso de ensayo era algo que bien podría demorar en cristalizar y que se despreocupara de él, que él mismo ya le contactaría si había novedades pero que le agradecía sinceramente poder contar con su apoyo. Daddy en efecto sabía bien que Ostertag, en el tráfago de sus preocupaciones y compromisos, se olvidaría muy rápido de la invitación que se le había hecho. En cualquier caso, le importaba solo su relación con Ostertag y podía pasar de las expectativas que se hicieran los demás miembros del jurado.

Ante François, la estrategia que adoptó Daddy fue la de la esperanza dilatoria, que se las arreglaría para no dejar sin asidero como ya le venía de ocurrir (descuido que había desembocado precisamente en el conato de constitución del jurado). Citó a François a su despacho, por medio de un mensaje máximamente escueto, que a François le recordó inevitablemente las primeras frases de *El Extranjero*. Cuando se presentó, para disfrazar su cólera, Daddy tuvo que hacer gala de lo mejor de su repertorio de ironía de asueto policíaco y no se ahorró analogías campesinas propias del imaginario chileno, unas analogías que logran insultar sin llegar a enfadar pudiendo incluso hacer reír. En el fondo Daddy quería que cualquier acción sobre el proyecto de ensayos quedase en sus manos y que François se limitara a esperar el decurso. Sin embargo, François no fue ingenuo ante la

nueva disposición de piezas y en ese mismo momento decidió que su única alternativa era anticiparse a Daddy.

En los días que siguieron, François se las ingenió para que la secretaría de estudios difundiese la convocatoria al concurso de ensayo (en español e inglés), arguyendo, para empezar, que la iniciativa contaba con el visto bueno de Daddy. Y así se hizo. Cuando Daddy se enteró esa misma tarde, el daño ya estaba hecho y la convocatoria se había expandido en distintas plataformas virtuales. Solo pudo conseguir que se suprimiese la información del sitio web del instituto de filosofía. François, por su parte, no cejó en su interés por mantener el verosímil y echó mano de todos los recursos de difusión y contactos de que disponía.

A decir verdad, la situación de François no era la más óptima: no era claro si el concurso de ensayo en torno a la muerte de la filosofía sería plausible en esas condiciones, sin poder entregar el premio anunciado, ni garantizar la publicación, así como tampoco la realización de lo que parecía ser una gala de premiación, que en un mundo ideal habría tenido que implicar además un *cóctel*, bien que sencillo, pero *cóctel* al fin. No obstante, poco le importaba todo esto a François. Más todavía, el proyecto del concurso de ensayo —en ese pudridero— había muerto para él desde el primer encuentro con Daddy. Si persistió fue por un placer performático y hasta cierto punto cruel, que asociaba de cualquier modo con la práctica filosófica. Ahora bien, si ocurría que Daddy terminase apoyando el concurso bajo la sobrepuja de todo ese montaje, pues él mismo lo recibiría de muy buen grado.

Lo que ocurrió no obstante resultó un poco más retorcido de lo que se figuraba François, que cavilaba sobre unas alternativas que eran todo o nada. La primera reacción de Daddy fue la indiferencia total. La estupidez de François, pensaba él, no tenía cómo prosperar —sin ningún respaldo institucional— y en caso de empezar a recibir ensayos, bastaría con encargar a secretaría el envío de excusas formales a cada eventual participante, arguyendo que la convocatoria quedó desierta por falta de garantías o cualquier argumento ad hoc. Sin embargo, después de recibir un correo de parte de Ostertag la semana siguiente, Daddy cambió completamente de posición. En desconocimiento de los vaivenes que venía de padecer Daddy, Ostertag se refería con

enorme optimismo al concurso de ensayo en torno a la muerte de la filosofía. Le comentaba a Daddy que la cosa estaba dando que hablar y que al ver su nombre entre el jurado algunas personas se habían puesto en contacto con él, entre ellos –decía Ostertag con entusiasmo– unos discípulos de Francis Fukuyama, de la escuela de Chicago, que según Ostertag tenían relaciones con algunos holdings de universidades chilenas. Éstos al parecer estaban interesados en desagaviar la idea fukuyamiana del fin de la historia y la figura filosófica de Fukuyama en general, y un concurso de ensayo que tuviese como su primer implícito la relación entre las palabras *filosofía* y *fin*, pero sobre todo en un país “emergente” y asociado internacionalmente con el neoliberalismo, les parecía una oportunidad de valor inestimable para hacerlo. Finalizaba Ostertag su mensaje pidiéndole a Daddy le mantuviese al tanto de los trabajos recibidos y le consultaba cuánta extensión y tiraje pensaba dar al libro con la selección de ensayos.

Varias horas estuvo reflexionando Daddy qué responder a Ostertag. Finalmente, convenciéndose de que la complicidad o, por qué no, la camaradería que los unía bastaba para no vacilar en sincerarse, se sinceró. Le transmitió a Ostertag todos los pormenores, desde su primer encuentro con François, las hipótesis en algún punto delirantes que tuvo que refrenar con jactancia campesina, sus intentos infructuosos de dilatarle, la convocatoria al concurso, en fin, difundida a sus espaldas.

La respuesta de Ostertag fue sin ambages. Le sugirió a Daddy seguir adelante, y que él, con todo y por las razones que le manifestaba antes, apoyaba la idea de que el concurso se hiciese, que sería un error no hacerlo y que los réditos que se avizoraban podrían sin duda compensar cualquier bamboleo fastidioso que hasta entonces haya tenido que soportar. Dado el escenario que le describía Daddy, Ostertag propone que el premio recaiga en un autor extranjero, inexistente, que el ensayo ganador lo escriban entre ambos y que en él ponderen –aunque sobriamente– las ideas de Fukuyama, que publiquen el libro con la selección de ensayos –incluyendo a algunos de los discípulos de Fukuyama– y que el día de la premiación aduzcan una falla de conexión que impide el contacto con el principal galardonado. Ostertag agrega que escribir ellos mismos el ensayo ganador es fundamental para poder proveer un marco apropiado a los discípulos de Fukuyama. Por lo demás, con esto Daddy se ahorrará el dinero del premio y solo deberá gestionar la

publicación del libro, que si las cosas son bien conducidas podría entrar en la red de distribución de los neofukuyamianos. Además –finalizaba Ostertag– la entrega del galardón para los años siguientes, con mejor planificación, podría ser el aparato de negociación que les hacía falta, tomando en cuenta el provecho casi nulo que estaban obteniendo de los monopolios editoriales en los que participaban en la hora actual.

Daddy se muestra de acuerdo en todo y le señala que vayan viendo desde ya hacia dónde encaminar el ensayo ganador. Pero su mayor inquietud es qué hacer con François, que en la medida en que se entere que el certamen lleva hilo de efecto, querrá seguir todo el proceso de cerca, muy probablemente hasta la entrega del galardón. Daddy temía –por lo que ya había visto– que François se pusiera a gritar a los cuatro vientos el dolor en que se iban a embarcar con Ostertag. Este último le sugiere entonces a Daddy que ofrezca a François el prólogo del libro pero que evite hacerle creer que la idea es todavía suya, que aplique en última instancia una especie de variante de la técnica del portazo en la cara. A cambio, François tendría que mantenerse al margen del proceso de evaluación y de todo lo que conlleve. Recibiría la compilación de ensayos ya editada y solo tendría que agregar su prólogo. Si se excede en sus comentarios, se le edita. Daddy se muestra una vez más de acuerdo y escribe a François esa misma noche, ya no en un tono mortuario como la última vez sino conciliatorio e incluso fraternal, se muestra en extremo dadivoso con respecto al concurso de ensayo, llevando a efecto con celo el programa trazado por Ostertag. El tono de Daddy, más bien producto de alguna clase de mutación a los ojos de François, no podía parecerle sino sospechoso y optó por darse algunas horas para sopesar alternativas antes de responder la propuesta de reunirse en el Starbucks que se había instalado junto a la nueva biblioteca (en efecto, el emplazamiento de esa franquicia norteamericana en medio de las aulas y la biblioteca de la universidad en que trabajaba Daddy, situado a media altura y en cierta panorámica exhibicionista, era un punto de encuentro al que unos iban y que otros evitaban, dependiendo del mosto ideológico del que estuviesen hechos: François mismo aborrecía esa instalación). Respondió parco François, que se encontrasen el viernes, pero no en el Starbucks sino en el *Concepto*, un café cercano al museo de Bellas Artes. El *Concepto* era un café que quería parecerse a los cafés de Buenos Aires, en un barrio que quizá quería parecerse a Palermo. Este doble desplazamiento le daría tiempo a François para intentar calibrar un poco mejor la

temperatura de la situación y podría eludir un encuentro en aquél otro lugar que detestaba. Daddy respondió en el acto, de manera afirmativa, y se despidió con un abrazo. François aprovechó de escribir a Ostertag, fingiendo alegría por el entusiasmo que veía en Daddy y haciéndole saber –lo que no era cierto– que había lanzado la convocatoria con su nombre dentro del jurado a instancias de Daddy, atribuyendo a éste el crédito de haberle convencido. Ostertag contestó con unas lisonjas dirigidas a François mismo y cuidó de utilizar signos de exclamación en algunas frases para ganar empatía. Enfatizaba que creía oportuno que Daddy coordinara el proceso de evaluación de los ensayos, o más precisamente, que hiciera funciones de enlace con los miembros del jurado. Sobre el libro compilatorio, resistió la tentación de ofrecerle la redacción del prólogo, intuyendo que no se vería bien aparecer haciendo ofertas que le correspondería hacer a un editor. Se despedía, al igual que Daddy las últimas veces, con un abrazo. François no respondió.

El día del encuentro con Daddy en el *Concepto*, por la mañana, François se encontró con un correo escrito en inglés, de un tal Doug Sullivan, del Chicago Council on Global Affairs. Sullivan se presentaba como especialista en la filosofía de Francis Fukuyama y decía estar encabezando –junto a otros estudiosos norteamericanos, principalmente académicos de la Facultad de Economía de la Universidad de Chicago– un proyecto de recuperación del legado teórico de Fukuyama, proyectado a conformar una red internacional de estudios neofukuyamianos. Hablaba de un libro de Theresa Glassman, *The Fukuyama's Enlightenment*, que aparentemente habría causado un revuelo enorme en los Estados Unidos y a partir del cual el movimiento neofukuyamiano norteamericano empezó a tomar cuerpo. Sullivan mencionaba que, tanto en la Universidad de Chicago como en el Chicago Council, había algunos inversionistas vinculados con universidades chilenas. No señalaba de qué universidades se trataba ni quiénes eran esos inversionistas, pero sí decía haber tenido ocasión de conocer a Ostertag y a Daddy, y se entendía que sobre todo había tenido trato con el primero. De hecho, recalca haber escrito a Ostertag hace algunas semanas, cuando se enteró –al parecer mientras miraba alguna plataforma de eventos– de la convocatoria del (esto estaba escrito en español) «Ier Concurso de Ensayo sobre la Filosofía y la Muerte. Tema: La muerte de la Filosofía». Sullivan explicaba a François que había creído oportuno escribirle, considerando que su nombre aparecía en la convocatoria como coordinador del certamen. No obstante, como no se indicaba su

dirección de correo sino la de la secretaría de estudios, la había obtenido precisamente por esa vía. Sullivan dejaba entrever lo que más francamente había planteado a Ostertag: su interés en que se pudiese poner a disposición el concurso de ensayo para beneficiar el proyecto de los neofukuyamianos norteamericanos, gesto que, por supuesto, sería muy bien recompensado.

François no respondió el correo de Sullivan y no estaba seguro si algún día lo respondería. Cuando unas horas más tarde se encontrase con Daddy en el *Concepto*, lo primero que hizo –después de pedir una Coca-Cola sin azúcar– fue interceptar su sonrisa trucada observando que había recibido un mensaje de Doug Sullivan. Mientras François le comentaba haber encontrado esa mañana una versión digital de *The Fukuyama's Enlightenment*, Daddy se decidía a no dar más rodeos y persuadir a François de sumarse al triunvirato que empezaban a constituir el propio Daddy, Ostertag y los neofukuyamianos. Fue lo que hizo, intentando seducir a François tanto con la idea de que tomase a cargo el prólogo como con verdades a medias, como que el espacio ocupado por los neofukuyamianos en la compilación de ensayos sería muy menor en relación al resto del corpus. Quizá ante el hiato mental que le generaba François y desoyendo o malentendiendo las precauciones que le había aconsejado tomar Ostertag, remató ofreciéndole participar de la redacción del ensayo ganador, junto con Ostertag y él mismo, exhortándole incluso a introducir un enlace inédito entre Fukuyama y el neoestructuralismo de Manfred Frank (que supondría una vía alternativa a la French Theory, según la expresión que utilizó Daddy).

Ante la verbena de ideas torcidas de Daddy, François adoptó un aire más bien agnóstico, como el de quien está atravesado por una conjetura malograda pero inasimilable incluso para él mismo. Se limitó solamente a decir que para él la idea del certamen había acabado –aunque se haya negado febrilmente a aceptarlo– desde los primeros encuentros, plagados de contenciones disfrazadas con analogías campesinas, que por lo demás no estaban enunciadas con talento (y que muy probablemente tenían por destino ineluctable lacerar el oído de cualquiera). Aunque mintió sobre las expectativas que tenía, que siempre fueron altas. Sabía de cualquier manera que tendría que encontrar un albergue psicológico en la idea de que, buscando por una vez la estabilidad, lo que

encontró fue más caos (y a un punto que jamás hubiese estado en sus cabales avizorar). Era, de algún modo, una calamidad hilarante y eso le bastaba, a varias leguas de la jocosidad. Adujo que tenía que partir, se despidió de Daddy y se marchó.

Durante las semanas siguientes comenzaron a llegar los sobres con los ensayos a la secretaría de estudios. A esas alturas Ostertag y Daddy ya habían arreglado todo con Sullivan. Las cosas se harían de esta forma: el ensayo ganador –como se había entrevisto desde el comienzo– lo redactarían Daddy y Ostertag. El título no aludiría directamente a Fukuyama pero estaría fundando sobre sus ideas. Habían convenido que fuese: «La escatología posible». Se incluiría a cuatro neofukuyamianos, entre ellos Sullivan. Uno de estos cuatro ensayos tendría que estar escrito por una mujer. Dos de los títulos mencionarían el nombre de Fukuyama («Fukuyama y la biología» y «Occidente embotellado: sobre una correspondencia de Francis Fukuyama»), y dos harían alusión a la tesis del fin de la historia sin mencionar el nombre de Fukuyama («El fin de la historia y la clausura de la metafísica» y «La idea del fin de la historia como fin final»). De los demás ensayos recibidos, entre Daddy y Ostertag elegirían tres, que no hablaran de fin, sino que de muerte. Uno de ellos tendría que estar escrito por una mujer. Del resto del jurado, que en su momento había contactado François y que circuló con la convocatoria, no era necesario preocuparse: Ostertag había llegado ya a un arreglo con ellos (ahí Sullivan entraba a tallar pues estaban en juego algunas prebendas del Chicago Council). El prólogo finalmente lo escribiría Ostertag (un prólogo más en su larga vida de prólogos) y Daddy aparecería como editor del libro, incluyendo un breve introito donde saluda a los participantes y al concurso y queda de manifiesto que la idea ha sido suya con el apoyo inestimable de Ostertag.

François esperó no inquieto, pero sí con atención el día de la premiación. Había podido ya mirar el listado de los ganadores y los títulos de los ensayos. Al ver algunos nombres de pila como Dan, Gregory o Kristin, así como el de Doug Sullivan, no pudo evitar algo parecido a una reconstitución de escena. Algo de fascinación encontraba en la metamorfosis que había experimentado su proyecto. Una idea suya a fin de cuentas que por primera vez lograba superar la barrera de exceso de su catástrofe personal, como si todas las anteriores –sus aventuras intelectuales y existenciales a veces tan cercanas de lo

exorbitante— no hubiesen hecho más que rebotar sobre la gran muralla blanca de sus propios padecimientos, desde los más incuestionables e irreductibles hasta los más fantasiosos y autocomplacientes. Sin duda algo había cambiado y tenía que ver con su sensación de haber pasado del otro lado de la monstruosidad.

Cuando llegó al vestíbulo que daba al salón de eventos de la biblioteca la ceremonia ya había comenzado. Afuera se encontraba solo una muchacha que llevaba colgando del cuello una credencial de la editorial universitaria. Estaba de pie junto a una mesa cubierta con un mantel negro, sobre la cual estaban esparcidos de forma escalonada varias copias de la compilación del concurso de ensayo. François hojeó uno y preguntó el precio. Le dijo a la muchacha que tal vez volvería más tarde. Ella le respondió que estaría ahí hasta que finalizara el cóctel. François abandonó el vestíbulo y se encontró al centro del edificio de la biblioteca, flanqueado por dos ascensores y la media escalera que conducía hasta el café que detestaba. Ascendió por ella y se acercó al mostrador. Pidió un té. Le mostraron varios y escogió el verde, una elección que se asemejaba a la de una frase pronunciada en una lengua extranjera, que se dice porque tal vez es la única que se ha aprendido a enunciar correctamente y que podría llegar a abrir alguna puerta. Le preguntaron su nombre, con una amabilidad que juzgó algo insólita. Raúl, dijo. Lo invitaron a sentarse y esperar. Buscó una mesa que no lo dejase en situación de quedar expuesto al exterior. Como un bicho en un lugar peligroso, recorrió lentamente con sus dedos los contornos de una madera que todo indicaba quería ser noble pero cuya nobleza le pareció inequívocamente absurda. Imaginó por un momento a los neofukuyamianos en el cóctel, hundiéndose de adagio en las ampolletas de neón incrustadas en el techo y con el cuello todavía enroscado viró a pensar, cada vez con mayor intensidad, hasta perder casi por completo el entorno, que lo mejor sería tal vez marcharse a Alemania.

François Léon